



# Juliet Landon

*En las sábanas del enemigo*

*Harlequin Internacional™*

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2004 Juliet Landon. Todos los derechos reservados.

EN LAS SÁBANAS DEL ENEMIGO, Nº 500 - marzo 2012

Título original: The Widow's Bargain

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9010-551-1

Editor responsable: Luis Pagni

ePub: Publidisa

# Uno

*Galloway, Escocia. 1319*

El suelo seco del bosque amortiguaba cualquier sonido provocado por unos pies que, durante la última hora, habían descansado sobre estribos para llegar al castillo Kells al salir el sol. La noche anterior, sir Alex Somers y sus hombres habían visto el castillo desde el otro lado del lago, con un brillo rosáceo y anaranjado sobre su emplazamiento frente a un acantilado que daba a la superficie cristalina de debajo. Construido apresuradamente, estaba eficazmente sellado por dos lados mientras que, en la parte de atrás, las montañas y los bosques lo protegían de los vientos del norte.

Más allá del páramo, el terreno descendía en pastos verdes donde pastaban los caballos y un humo azul ascendía verticalmente desde un grupo de casitas con tejado de paja. Desde donde estaban, podían verlo, bien escondidos, con un arroyo junto a ellos que se abría paso entre las rocas hasta llegar a una laguna profunda situada a unos seis metros de distancia.

—Podemos esperar aquí un rato —le dijo sir Alex a su acompañante—, si nos mantenemos pegados a los árboles. No creo que él tarde mucho en volver —su suave acento de las tierras bajas hacía que sus palabras sonaran más como una observación que como una amenaza.

Su acompañante, Hugh de Leyland, no tan alto, ni tan fornido, pero ágil como un gato montés, sacó una botella de cuero de su cinturón. Aceptaba la estrategia sin cuestionarla, pero había algunos detalles que convenía aclarar antes de que comenzara la acción.

Dio un trago de agua y se secó la boca con la mano.

—¿Entonces dices que tiene un hijo?

—Tenía —respondió sir Alex críticamente—. Murió en un asalto hace unos años. Pero tiene un nieto pequeño.

—¿Y vive aquí, con sir Joseph?

—Eso creo —escudriñaba con sus ojos azules mientras hablaba, pendiente de cualquier movimiento junto a la garita o en el camino que conducía al bosque distante.

Formaban un dúo bastante impresionante, como un par de leones que se conocían bien, que no declinarían una pelea amistosa para liberar el exceso de energía, pero que se habrían defendido mutuamente hasta la muerte, al igual que harían los hombres que esperaban en silencio tras ellos. En la flor de la vida, a los treinta y un años, sir Alex Somers era físicamente robusto, de hombros anchos, torso bien esculpido y con un rostro que invadía los sueños de las mujeres. Su pelo, del color de las avellanas oscuras, le acariciaba la frente y se rizaba sobre la bufanda que llevaba alrededor de su cuello musculosos. Pero eran sus ojos los que hacían que a las mujeres les temblasen las rodillas, pues eran del mismo azul intenso que el cielo sin nubes del verano, y mucho menos inocentes.

—Puede que eso nos sea útil —dijo Hugh, su segundo al mando—. Nos llevamos al joven y lo usamos como cebo, rescate, lo que sea. Un niño llorón siempre conseguirá que su abuelo se baje los pantalones. ¿El mocoso tiene madre?

—Normalmente la tienen, Hugh.

—Lo averiguaré. Déjame a mí.

A sir Alex no le resultaba sorprendente la previsible eficacia de Hugh de Leyland a la hora de encontrar a una mujer. Ambos eran expertos en eso. Pero había algunos, como sir Joseph Moffat, del castillo Kells, en Galloway, que no vacilarían a la hora de sacrificar a sus propios familiares, si fuera necesario. Habían oído suficiente sobre ese hombre como para pensar así; juez de paz local, terrateniente, criador de caballos, asaltante, granuja y ladrón. Y éstos eran los aspectos más honrados de su personalidad. Sir Joseph no tenía mala conciencia que le impidiese dormir por las noches.

—Pero será mejor no depender de ello —advirtió sir Alex—. Hace falta mucho para asustar a un hombre como Moffat. Tiene más años de experiencia que la mayoría de por aquí, Hugh.

Hugh se apoyó en un árbol y observó a su amigo caminar con sigilo como un gato inmenso, tan cómodo en el exterior como en los salones más elegantes de Europa. Hugh llevaba nueve años con él, tanto como cualquier otro hombre en la compañía. Era dos años más joven, con el pelo más claro, de constitución atlética y ojos alegres, y agradecía sin avergonzarse las atenciones de las mujeres, que caían a sus pies igual que lo hacían a los pies de Alex.

Sir Alex se agachó y se asomó al precipicio rocoso que tenía ante él. Después le hizo gestos a Hugh para que se acercara a ver y se mantuviera en silencio.

Hugh gateó hacia él, intrigado.

—¿Qué? —preguntó.

El arroyo serpenteaba entre rocas cubiertas de musgo y se precipitaba sobre un saliente hasta una laguna solitaria. Una pila de ropa yacía sobre las rocas secas, y se oían gritos y risas por encima del chapoteo del agua.

—¡Una chica! —dijo Alex.

—Dos chicas. ¡Mira! Estamos de suerte.

Mientras hablaba, dos pares de brazos brillantes emergieron del agua, después dos cabezas de melena oscura, seguidas de unos hombros, espaldas y pantorrillas. Las chicas se impulsaron hacia arriba para salir y se sentaron sobre una roca. Se retorcieron el pelo para escurrir el agua y se lo echaron después hacia atrás, lo que dejó al descubierto cada curva de sus torsos resbaladizos, iluminados por la luz del sol naciente.

—Por eso sí que merece la pena haber venido hasta aquí —dijo Alex—. ¿Crees que serán chicas del castillo?

—Seguramente —contestó Hugh—. Dios, Alex. ¿Tenemos tiempo?

—Tonto, sabes que no. Y hemos de mantenernos escondidos. Pero mira a la del pelo negro. Es increíble, Hugh. Menudo cuerpo. Y su cara no desmerece.

—Yo estoy mirando a la más bajita; es como una fruta madura. Están

demasiado bien para ser chicas del pueblo, y demasiado felices para ser lavanderas. Serán costureras —se quedaron callados, ocultos tras un helecho, contemplando cada detalle de la gloriosa escena. Y cuando sintieron un movimiento a sus espaldas, descubrieron que una pequeña multitud de sus hombres se había acercado y contemplaban la imagen con los ojos desorbitados.

Las mujeres se levantaron para recoger su ropa y se colocaron en una posición donde, con solo mirar hacia arriba a la pared de la roca, el público silencioso sería descubierto. Rápidamente Alex, Hugh y los demás se retiraron como una sombra colectiva de vuelta hacia sus caballos, casi demasiado abrumados para hablar.

—Bueno —dijo sir Alex al fin—, esa ha sido una manera interesante de empezar el día. ¿Crees que podrás mantener la mente en el trabajo?

Hugh sonrió.

—Tal vez podamos encargarnos de ellas cuando estemos dentro del castillo.

—No habrá tiempo para eso. Los hombres probablemente mantendrán a las mujeres escondidas. Aun así, me gustaría echar otro vistazo a la del pelo negro, vestida o sin vestir. Ya veremos —miró hacia los rayos de luz que habían comenzado a filtrarse entre los árboles donde estaban escondidos—. Conduce a los hombres de nuevo hacia las sombras, Hugh. Y mantén a un hombre montando guardia allí para vigilar el camino y la garita. El resto será mejor que montemos ya. Todos sabemos lo que hemos de hacer, ¿verdad?

—Oh, sí —dijo Hugh colocando un pie en el estribo—. Hace una mañana maravillosa para asaltar un castillo.

Desde la habitación de lady Ebony Moffat, en el piso superior del castillo Kells, podía verse el lago al sur y al este, a través de ventanas que no eran más que pequeñas rendijas en los muros de piedra de dos metros y medio de grosor. Las aperturas se ensanchaban en forma de cuña hacia el interior, con bancos de piedra con cojines en tres de los lados. En uno de los cubículos situado en el rincón habían puesto cortinas para crear un guardarropa en la pared, y en otro rincón había una puerta que conducía al piso de abajo por una escalera en espiral.

Los cojines no habían sido hechos para que el joven Sam Moffat saltase sobre ellos, ni las ventanas tenían ese tamaño para que metiese la cabeza entre medias y mirase hacia el bosque. En consecuencia, cuando un hombre gritó por la escalera que el abuelo del amo Sam se acercaba, a Sam le resultó más difícil entrar en la habitación de lo que le había resultado salir. Por un momento cundió el pánico en su pequeña cabeza.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Estoy atascado otra vez!

Tentada de utilizar los siguientes treinta segundos para enseñarle una lección, tras habérselo dicho cien veces, lady Ebony levantó su sobrevestido azul de lana y se lo puso por encima de la cabeza. Después de siete años, seguía quedándole como un guante sobre la túnica de lino. Su cuñada, Meg, ya iba de camino hacia la puerta.

—Te seguiré cuando lo haya liberado —dijo Ebony—. Tú ve bajando.

—¿Estás segura? —preguntó Meg. Ya había visto la escena antes. Era por sus orejas.

Ebony sonrió mientras se ajustaba el sobrestenido sobre los hombros.

—Siendo la hija de sir Joseph, querida, debes estar allí o querrá saber por qué. Ve a mostrar interés. Yo bajaré a Sam enseguida.

No tardó tanto como de costumbre en liberar a Sam, porque el niño ya había aprendido a dejar las orejas planas y a ir contoneándose. Tampoco tenía tiempo aquel día para las palabras tranquilizadoras de su madre, puesto que el abuelo Moffat sin duda le habría llevado algo de su asalto nocturno, que para Sam era algo tan inocente como un viaje al mercado. Consiguió salir, con sus orejas rojas, sus ojos grises como el granito, su pelo rubio, y con la energía de un niño de seis años. Después de tres años, Sam rara vez preguntaba por el padre al que tanto se parecía.

De nada servían las protestas de su madre por los frecuentes regalos que sir Joseph le hacía a su único nieto; un poni que nadie le había enseñado a montar, dinero que no podía gastar, ropa de otro niño, juguetes y baratijas robados de casa de alguien. Sus objeciones iniciales habían sido ignoradas, y no podía decirle a su hijo que su abuelo asaltaba las propiedades de otra gente por la fuerza, generalmente de noche. No podía decirle que cruzaba la frontera con Inglaterra para incendiar casas, matar a sus habitantes, robar el ganado y llevarlo a los pastos escoceses. Un niño de seis años solo podía comprender ciertas cosas, y mientras siguieran obligados a vivir bajo la protección de sir Joseph, Sam debía aprender principalmente a respetar a sus mayores.

Sus gritos de entusiasmo pudieron oírse por las escaleras, las habitaciones, los pasillos y los pasadizos que conformaban su mundo; el de ella y el Meg también. No era seguro aventurarse fuera cuando con frecuencia pasaban asaltantes en ambas direcciones, perpetuando odios que habían aumentado alarmantemente en los cinco años desde la victoria escocesa en la batalla de Bannockburn. Ya no quedaba casa, grande o pequeña, que no temiera los asaltos, aunque aquellos disminuirían ahora que las horas de oscuridad eran menos. Tal vez aquel fuera el último asalto de sir Joseph hasta el otoño, cuando comenzarían a vivir de manera más normal.

Sin la urgencia de su hijo, ella se sentó sobre el cojín de la ventana, apoyó la cabeza en la contraventana de madera y se quedó mirando el dibujo de robustas vigas de roble que sujetaban el tejado. Los tapices de lana adornaban las paredes con múltiples colores y proporcionaban una atmósfera cálida. Taburetes pulidos, una mesa, baúles y una cama con dosel proporcionaban todas las comodidades necesarias. En un extremo de la habitación había un fuego protegido por una chimenea con el escudo de armas de Moffat tallado en ella. El castillo era frío en cualquier época del año, y aquella habitación era una de las más privadas en un lugar donde la privacidad escaseaba. Ella no tenía razones para lamentar la ausencia de comodidades, y se sentía inclinada a quedarse allí arriba, apartada, en vez de ser vista consintiendo la anarquía de su suegro.

No quería tener a Sam fuera de su vista durante demasiado tiempo, así que finalmente cedió, agarró un pedazo de lino húmedo y lo extendió sobre un baúl para que se secara antes de quitarle un pedazo de musgo que se había pegado a las fibras. Aún húmedo, se recogió el pelo con una redecilla dorada y se lo sujetó en lo alto de la cabeza con un peinado ajeno a cualquier moda. En el castillo Kells, ¿qué importaba el aspecto? Y en Escocia, ¿a quién salvo a la nobleza le importaba la moda en una época tan incierta? Echó un vistazo rápido a su alrededor y bajó los escalones lentamente con las faldas levantadas. Le llevaría algún tiempo llegar hasta el gran salón.

La inusual ausencia de hombres hizo que Ebony se preguntara si el regreso de sir Joseph sería algo fuera de lo normal. Aceleró el paso. Se había llevado a unos treinta hombres con él en esa ocasión, pero aun así lo normal habría sido encontrarse con habitantes del castillo a cada esquina, como le había sucedido a primera hora de la mañana. El guardia que estaba siempre en el hueco de la ventana vigilando el patio había desaparecido. Ebony se asomó a la ventana, pero estaba demasiado alta como para ver algo más que la garita en el extremo opuesto, y aun así, mientras observaba, un arquero en lo alto de la torre apuntó a algo que había más abajo. Sin embargo, antes de que pudiera disparar la flecha, levantó los brazos y cayó hacia atrás con una flecha clavada en el cuello.

—¡Asaltantes! —susurró Ebony—. ¡Son los asaltantes! Que Dios se apiade de nosotros —asaltantes de la frontera. Asesinos y ladrones. Destruidores sin piedad. ¿Cómo habían entrado? ¿Y dónde estaba Sam, su preciado hijo? Sintió el pánico en el pecho como si fuera una náusea. Hombres así eran lo que habían matado a su Robbie tres años atrás; no podía dejar que se llevaran también a Sam.

Se levantó las faldas y corrió como una liebre por los pasillos, saltando escaleras abajo para llegar al gran salón del primer piso. Sin aliento, con el corazón latiéndole con fuerza por el miedo ante lo que pudiera encontrar, abrió la puerta situada a un lado de la mesa, donde ya habían puesto los manteles, las bandejas de plata y los cubiertos, pero nada más. Había personas por todas partes, acurrucadas en grupos y vigiladas por unos hombres cuyas armas y expresiones resultaban amenazadoras.

Con la mente fija en un único objetivo, se abrió paso entre ellos.

—¡Dejadme pasar! —gritó—. ¡Dejadme pasar, maldita sea! ¡Sam! ¿Dónde está mi hijo? ¡Sam! —angustiada, gritando su nombre, recorrió el salón, donde podían olerse la tensión y el miedo. Entre golpes, patadas y codazos buscó desesperadamente a Biddie, la joven niñera de Sam, entre la multitud de caras asustadas de los miembros del servicio.

Al otro extremo del salón, junto a la enorme chimenea, otro grupo de desconocidos se había vuelto al oírla entrar.

Pudo ver el griñón blanco de Biddie, así como su cara contraída y asustada. Sus gritos llevaban consigo todo el terror y la angustia de alguien que ha fracasado en su misión.

—¡Señora!

Ebony corrió hacia ella, pero, incluso en pánico, no era rival para el

hombre que la agarró y la giró con fuerza hacia él. Antes de que el desconocido pudiera agarrarle el otro brazo, Ebony lo echó hacia atrás y le propinó un fuerte golpe en la cabeza cuyo impacto resonó en todo el salón como el sonido de un látigo.

—¡Suéltame, patán! —exclamó—. ¡Mi hijo! ¿Dónde está?

Frente a ella, el grupo se separó para dejar pasar a Biddie. Un hombre grande y de constitución fuerte la siguió y abrió los ojos sorprendido antes de entornarlos de nuevo y ocultar su azul brillante.

—No es exactamente el recibimiento que había esperado, Hugh —le dijo al hombre de la mejilla enrojecida—, pero es un comienzo interesante.

Ebony no oyó aquella conversación mientras agarraba a Biddie por los brazos y la zarandeaba.

—¿Dónde está? —preguntó al borde del llanto—. ¿Qué han hecho con él? ¿Y con Meg?

Biddie apretó los labios. Apenas tenía veinte años, pero era de fiar y adoraba a Sam.

—Nada... creo —susurró—. Se lo han llevado al patio. Estará bien, señora.

Pero la leona enjaulada no estaba preparada para aceptar eso, y se arrojó hacia el grupo de hombres, que estaban entre la puerta del patio y ella. No había tiempo de preguntar, rogar o protestar; lo único que quería era encontrar a Sam antes de que le hicieran daño.

Intrigados y sorprendidos al encontrar una versión vestida de la mujer del pelo negro que habían llevado en su mente desde el amanecer, los hombres le permitieron llegar hasta la puerta, que estaba vigilada.

—Quiero ver a mi hijo —le dijo al hombre que estaba en la puerta—. Quiero verlo. Dejadme ir con él.

—¿El mocoso de pelo rubio es vuestro? —preguntó el hombre sorprendido—. ¿Y vos sois...?

—Soy la nuera de sir Joseph Moffat —respondió—. ¿Y quién diablos sois vos, señor? ¿Los asaltantes admiten sus nombres hoy en día? ¿Y siguen aterrorizando a mujeres y niños como los cobardes que son?

—¡Sois inglesa! —exclamó él—. Esto se pone cada vez más interesante—. ¿Qué hace una mujer inglesa en esta guarida de ladrones?

—Al diablo las gentilezas. Traed a mi hijo aquí ahora, por favor. ¿Qué le habéis hecho?

—Nada. Todavía.

La puerta que daba al patio se abrió y dio acceso a dos personas, una encima de la otra. La que iba encima agachó la cabeza para pasar por debajo del arco, con las manos agarradas al pelo blanco de un anciano. Las piernas de Sam colgaban sobre los hombros del anciano. El niño iba riéndose.

Al fin se fijó en su madre.

—¡Mamá! —gritó—. Voy montado a caballo en Josh. ¡Mírame! Voy a enseñarle mi poni.

Ebony habría corrido hacia él y lo habría estrechado entre sus brazos, pero fue retenida por el hombre alto con tal fuerza que le resultó imposible escapar, y tal era la emoción de Sam que dejó de prestarle atención en un



abrir y cerrar de ojos. Aunque no fue capaz de recordar exactamente qué le dijo el hombre en aquel momento, comprendió que no debía permitir que Sam notase su angustia.

—Sí, mi amor —dijo—. Pero no tardes mucho, ¿de acuerdo?

Con una sonrisa, Sam salió por el otro extremo del salón en dirección al establo, mientras las lágrimas de alivio y de terror inundaban los ojos de Ebony.

—No os lo llevéis —susurró—. Dejadme ir con él —intentó zafarse del hombre, pero sin éxito, y la puerta exterior se cerró con fuerza después de que Sam agachase la cabeza una vez más para salir.

—Ahora, milady, vos habéis tenido una respuesta. Es el momento de que yo también tenga algunas —el hombre apenas le había quitado los ojos de encima, pero en aquel momento le permitió distanciarse de él—. Decidme vuestro nombre.

—Mi nombre, señor, es lady Ebony Moffat —respondió—. Los asaltantes normalmente no...

—¿Y vuestro hombre? ¿Dónde está?

—Mi hombre fue asesinado por gente como vos.

—¿Cuándo?

—Hace tres años —susurró ella agachando la cabeza. El pelo le colgaba en un moño descuidado a la altura de la nuca, y algunos mechones húmedos se le pegaban al cuello. Sus ojos grises, de pestañas negras y con forma de almendras, estaban enmarcados en un óvalo perfecto de pómulos marcados, como un elfo, y sus labios pálidos temblaban de angustia—. Mi suegro nos ha hecho vivir aquí desde entonces. ¿Dónde está? ¿Dónde está Meg? —vio que el hombre miraba a aquel al que ella había golpeado. Después volvió a mirarla a ella y le dirigió un destello azul que solo pudo comparar con el acero. Obviamente aquel hombre era el líder de la banda, y aun así su actitud era militar, sus hombres eran disciplinados, sus acciones despiadadas, pero nada en comparación con los agitadores asesinos que habían invadido su casa antes de quemarla. Imaginó que serían distintos en sus métodos, aunque sus objetivos fueran los mismos.

—Sir Joseph está herido —dijo él con una completa ausencia de preocupación—, y vuestra cuñada está cuidándolo —se echó a un lado y le bloqueó el paso cuando Ebony intentó dirigirse hacia las escaleras—. No lo encontraréis allí. Y ella está perfectamente a salvo.

Ebony intentó empujarlo como si fuera un niño.

—¿Vos lo habéis herido? ¿Quién será el siguiente? ¡Malditos seáis! ¡Tomad lo que queréis y marchaos! ¡Dejadnos en paz! ¿Qué es lo que queréis? ¿Comida? ¿Ganado?

—No hay tanta prisa —contestó él—. Nadie va a salir a buscar ayuda. Nadie está en posición de resistirse, y sir Joseph no podrá defender nada durante un tiempo. Puede que nos llevemos a los hombres como rehenes, y el castillo estará en nuestras manos durante el tiempo que lo necesitemos. Nos marcharemos cuando estemos listos.

—A mi hijo no —dijo ella—. No podéis llevároslo a él.

El hombre al que había golpeado no estaba inclinado a negociar.

—Es el nieto del viejo —dijo desde detrás de ella—, y los nietos son excelentes rehenes. Ese viejo diablo cooperará cuando sepa que tenemos al mocoso, ¿verdad?

Ebony se dio la vuelta para mirarlo en cuanto terminó de hablar y se lanzó hacia él como una fiera.

—¡Canalla! —gritó—. ¡Asesino, ladrón!

Pero antes de que sus uñas alcanzaran a su objetivo, el hombre que la había agarrado recientemente volvió a hacerlo y la presionó contra su pecho. La levantó del suelo y se la echó a un hombro como si fuera un saco de patatas. Después, mientras ella pataleaba y se retorció entre gritos, la llevó hacia la pequeña puerta situada junto a la mesa. Uno de sus hombres abrió la puerta, la cerró tras ellos y, con el sonido del portazo, Ebony supo que, una vez más, su peor pesadilla había regresado.

Su instinto más fuerte era ceder al pánico que la invadía, gritar, morder, patalear y luchar contra el miedo de perder a su hijo. Completamente consumida por un terror negro que saturaba sus miembros con fuerza, comenzó a dar golpes como una loca. Aun así, sus esfuerzos causaron poca impresión en el hombre que la tenía prisionera contra el muro de piedra del pasillo.

Él dejó que se calmara hasta quedarse quieta, y Ebony supo que había llegado el momento de hacer algo más que apelar a su buena naturaleza, pues no parecían dispuestos a hacer concesiones. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y el cuello, y hacían que el pelo suelto se le pegara a la piel. Tenía la cabeza agachada, apoyada contra el torso de aquel hombre, incapaz de reunir las fuerzas para levantarla.

—Mi hijo... mi hijo... —fue lo único que pudo decir—. No puedo perderlo.

Al fin fue consciente de que la tenía aprisionada con la fuerza de su cuerpo, y tal vez fuera eso lo que le recordó que apenas había mirado a aquel hombre, que difícilmente podría reconocerlo si volviera a verlo. Así que levantó la cabeza y entre lágrimas vio que estaba afeitado, que la miraba impassible, que su boca estaba bien formada y que no sonreía, y que su aire de virilidad saludable quizá tuviera algo que ver con sus dientes blancos, que mostró al dirigirse a ella.

—Quieta —dijo—. Estaos quieta. Vuestro hijo está a salvo, pero necesito un rehén. No nos lo llevaremos para siempre.

Ella negó ferozmente con la cabeza.

—¡No! ¡Él no! Es todo lo que tengo.

—¿Es el único nieto?

—Sí —contestó ella—. Y además es mi único hijo. Si os lo lleváis, entonces llevadme con él. No puede estar sin mí. Y yo no puedo estar sin él.

—Yo no me llevo a las mujeres —dijo él.

¿Entonces qué era lo que se llevaría? ¿Podría sobornarlo? ¿Avergonzarlo? El maestro de armas le había enseñado en una ocasión a usar una daga, pero aquel día no había visto la necesidad de llevar una. No volvería a cometer ese error. Sardónicamente, el maestro también le había aconsejado que, si alguna vez surgía la necesidad, debería ofrecerles a los asaltantes cualquier cosa que tuviera para ganar tiempo, o la vida.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

